

*Teruel (España), julio de 1985*

De los avistamientos ovni con la célebre y ya familiar «H» en la panza, quizá uno de los más completos e intrigantes fue el ocurrido en julio de 1985 en los cielos españoles. La calidad profesional de los testigos —toda una tripulación de la compañía Iberia— no deja lugar a dudas. El comandante de aquel 727, Carlos García Rodrigo, un experimentado piloto, con dieciséis mil horas de vuelo y cinco años en las Fuerzas Aéreas, me relató así el encuentro: «Era una mañana preciosa. Cielo azul, sin una sola nube. Hacíamos un puente aéreo Barcelona-Madrid. Fue el IB-1331. Volábamos relajados, sin ninguna preocupación. Altitud establecida: 29.000 pies. Y a eso de las 13.45 horas, sobre Maella (Teruel), en la lejanía y a unos quince grados por encima de la visual, apareció algo similar a una lenteja. Tenía un color titanio.

»“Ahí viene un colega”, le dije al segundo. Y seguimos charlando sin darle mayor importancia, aunque pendientes, claro está, del supuesto tráfico. Y el “colega” siguió acercándose. Mejor dicho, nosotros a él...

»Pero aquello no era un avión. La “lenteja” fue tomando una clara forma esférica. “Eso no es un avión —comenté de nuevo—. Eso debe de ser un globo sonda.” Y empezamos a prestarle toda nuestra atención. Entonces, conforme nos fuimos acercando, vimos con claridad que “aquello” era esférico. Totalmente esférico y de un color algo más oscuro que el aluminio. Como te decía, similar al titanio.

»“Eso es un globo —insistí—. ¡Qué curioso!”

»Y decidí comunicarlo al Control Barcelona. La verdad es que era enorme y podía constituir un riesgo potencial para la navegación.

»—Barcelona, ¿tiene usted algo reportado...?

»Dimos la posición y Control Barcelona respondió:

»—Negativo... No tenemos nada.

»“Aquello” se encontraba muy alto. Calculamos unos veinticinco mil o treinta mil metros. Dado que volábamos sobre Maella, Barcelona nos aconsejó que lo notificáramos a Control Madrid. Y así lo hicimos.

»—Negativo —replicó Madrid—, no tenemos nada reportado.

»—¿Usted me tiene en el radar?

»—Afirmativo.

»—Y más alto, delante de mí, en el primario, ¿capta algo en pantalla?

»—No, no tengo nada...

»Era extraño. Madrid debería haberlo registrado. Mi avión aparecía en el radar.

»—Llame usted a los militares —insinuó Madrid— y que rastreen la zona...

»Nos comunicamos entonces con Zaragoza y les advertimos de la presencia de aquel objeto. Total, que nos fuimos aproximando y “aquello” siguió “creciendo y creciendo”...

»En mi opinión, se hallaba estacionario o casi. En esos momentos se presentaba como una gran pelota metálica. Como podrás imaginar, el ambiente en cabina se fue caldeando. “Aquello” no era normal. Y descubrimos que no era un globo sonda. Carecía del típico instrumental que suele colgar de esos artefactos. Pero, entonces, ¿qué era?

»Llamé de nuevo al radar militar de Calatayud (“Siesta”), pero la respuesta fue igualmente negativa. No tenían nada en pantalla. En eso, entró en la frecuencia otro colega: un avión que volaba de Valencia a Madrid. Y comunicó: “Afirmativo. Nosotros también lo vemos. Tenéis un objeto ahí arriba... Lo tengo a la vista y le confirmo que no es un globo sonda.”

»¡Impresionante! ¡Aquello era impresionante!

»Entonces decidí llamar al resto de los tripulantes. Todos pasaron por cabina, confirmando nuestras impresiones: “Era una esfera..., no tenía alas ni timón..., era enorme..., color oscuro...” En total, nueve testigos.

»Enorme, sí, como tres o cuatro veces un Jumbo. Y nos fuimos deslizando por debajo de aquella “cosa”. Permanecía quieta, majestuosa. El sol, en el cenit (eran las doce, hora solar), iluminaba el casquete superior de la esfera. El inferior, obviamente, aparecía más oscuro. Y nos colocamos bajo “aquello”.

Como te digo, nos impresionó. El diámetro era gigantesco. Al recordarlo se me pone la carne de gallina. Llamamos nuevamente a Madrid y a los militares. Confirmamos la posición y les anunciamos que lo teníamos en nuestra vertical. Respuesta negativa. El objeto seguía sin ser detectado en los radares...

»Fue un espectáculo. Conforme pasábamos por debajo, todos lo contemplamos por las trampillas superiores de la cabina. Y la tensión se multiplicó al descubrir aquel signo en la parte inferior de la esfera. Ya no tuvimos duda. “Aquello” era algo anormal. En la panza, por llamarlo así, apareció una especie de “H”, con otro palo vertical en el centro. Era algo descarado, en negro y resaltando con absoluta nitidez.

»—¡Mira! —gritamos—. ¿Qué signo es ése?

»Lo reportamos a Madrid e insistí:

»—Ahora estamos debajo. ¿Me tienen en pantalla?

»—Afirmativo —contestó Madrid—. Usted aparece limpio, pero nada más.

»En ese instante me asusté. ¿Un campo de energía? ¿Podía afectar al avión? Aquella “cosa” gigantesca, inmóvil en el cielo, tenía que sustentarse de alguna forma...

»Pero no. El instrumental no se vio afectado en ningún momento. No tuvimos problemas.

»¿Qué podía ser aquella “H”? No lo sé. Quizá unas compuertas cerradas. Quizá una marca o una protuberancia pintada en negro. Lo que estaba claro es que era algo artificial y perfectamente definido. A pesar del sombreado de esa zona, se distinguía con absoluta claridad. Al principio, lógicamente, no era visible, debido a la curvatura. Después, cuando lo tuvimos a unos ochenta grados, apareció nítido. Y recuerdo que dije:

»—Madrid, reporto fenómeno ovni. Tome usted nota. Voy a hacer un informe oficial...

»—Recibido.

»Y así lo hice. Una copia fue para la compañía Iberia y otra para Aviación Civil. Todo esto, naturalmente, quedó grabado en las respectivas torres de control y estaciones de radar con las que establecimos contacto.

»Entonces, el tráfico que volaba de Valencia a Madrid intervino de nuevo, confirmando mis palabras:

»—Afirmativo. Vemos una esfera...

»Sí, de eso se trataba: una esfera metálica. De eso no hay duda. De haber sido un globo estratosférico, habríamos apreciado las típicas deformaciones en las paredes. Además, como te digo, “aquello” no era elíptico. Era una esfera perfecta.

»También activé el radar del avión pero, al igual que “Siesta” y Madrid, no captó nada. Y al dejarlo atrás nos apresuramos a dibujar el signo que habíamos visto en la base. El resto del vuelo fue normal. Según mis cálculos, la observación pudo durar alrededor de siete u ocho minutos. Es decir, durante algo más de cien kilómetros. Jamás lo olvidaré...»